

DESDE LONDRES

FERNANDO DEL PASO

EL TEMPLO QUE CAYÓ DEL CIELO

El nombre de Rudolf Steiner no aparece en una buena parte de los diccionarios de arquitectura de nuestros días, pero los sesenta mil metros cúbicos de concreto "elocuente", de paredes vivas y penetrables, de escaleras orgánicas y rotondas con ventanales cuyos colores obedecen a secuencias cósmicas, o en otras palabras ese extraño, magnífico y colosal edificio conocido como *El Goetheanum*, se levanta en Dornach, Suiza, como muestra indiscutible de uno de los talentos arquitectónicos más originales del siglo. Muestra que, a pesar de ser tan palpable y tan concreta, no ha logrado para su creador el reconocimiento universal. La culpa, o al menos parte de ella, la tiene —o la tuvo— sin duda la propia fantasía de Steiner. Pero no aquella que le hizo aplicar a la arquitectura el principio de la metamorfosis descubierto por su admirado Goethe en relación con el crecimiento de las plantas, sino aquella otra clase de imaginación que lo postuló como uno de los más destacados representantes del ocultismo, y padre de la Antroposofía. Como lo señalan las enciclopedias en las que Steiner aparece mencionado no como arquitecto pero sí como "teósofo austriaco", su originalidad consistió en su intento por conciliar la teosofía con la filosofía y la ciencia, colocando en el centro de la misma el misticismo germanocristiano. Y digo la culpa, porque el prestigio ambiguo de la teosofía y de lo que ella implica, como la intuición de la esencia divina, el concepto de ciencia in-

fusa y de mística panteísta, etc., desde los neoplatónicos hasta Madame Blavastky, pasando por la Cábala, Boehme y Schelling, parecería inhibir a los posibles admiradores de la obra arquitectónica de Steiner, temerosos de que su reconocimiento sea confundido con una declaración de fe en las doctrinas de la metempsicosis, el Karma y la vida de ultratumba. Pero, para admirar las siete columnas del gran salón del primer *Goetheanum*, no hacía falta vincularlas con los siete planos de perfección de los que está construido el Universo —del físico al astral— o, cuando menos, con los siete planetas; ni, para admirar las dos cúpulas imbricadas de ese primer *Goetheanum*, era necesario estar de acuerdo en que no podían representar otra cosa que la penetración del mundo de los sentidos —una cúpula— en el mundo del espíritu— la otra cúpula.

Para Steiner, muy probablemente, sí lo fue, quizás tan sólo para justificar —o para apuntalar—, su transición del cielo a la tierra, su alejamiento del concepto de la *maya* —el mundo como una ilusión, como una apariencia—, en virtud de que tal enfoque no alentaba una relación activa hacia el arte. Acudiendo a las ideas estéticas de Schiller, y como siempre a las teorías científicas de Goethe, Steiner creyó descubrir al arte como una realidad más alta dentro de la realidad de la naturaleza, y rechazó de plano la imitación. Para él la naturaleza era siempre superior a la simple imitación, ya que tiene a la realidad de su lado, en tanto que el arte sólo tiene la apariencia. La creación artística, de todas maneras, debía partir del mundo material, pero no basándose en lo que éste es, sino en lo que puede ser; o sea, no en lo que es real sino en lo que es posible. Sólo así podría alcanzarse esa realidad "más alta".

Sin tener por qué comulgar con las ideas ocultistas de Steiner, pues, es posible no sólo aislar su obra arquitectónica y admirarla como tal, sino incluso se puede teorizar sobre el grado en que esas ideas influyeron positivamente en su arte. El espectador no necesita compartir la cosmogonía de un arquitecto para disfrutar a su modo —para recrear—, sus cúpulas en cópula, aunque esa concepción del mundo y del espíritu haya sido condición indispensable, o pretexto divino, para el artista. ¿Pero fue así? ¿Fue Steiner mejor arquitecto por ser teósofo, o a pesar de serlo? Nos hemos referido a un primer *Goetheanum*. Concebido como sede de la Escuela Libre de Ciencia Espiritual, llamado así en honor desde luego de Johan Wolfgang von Goethe,

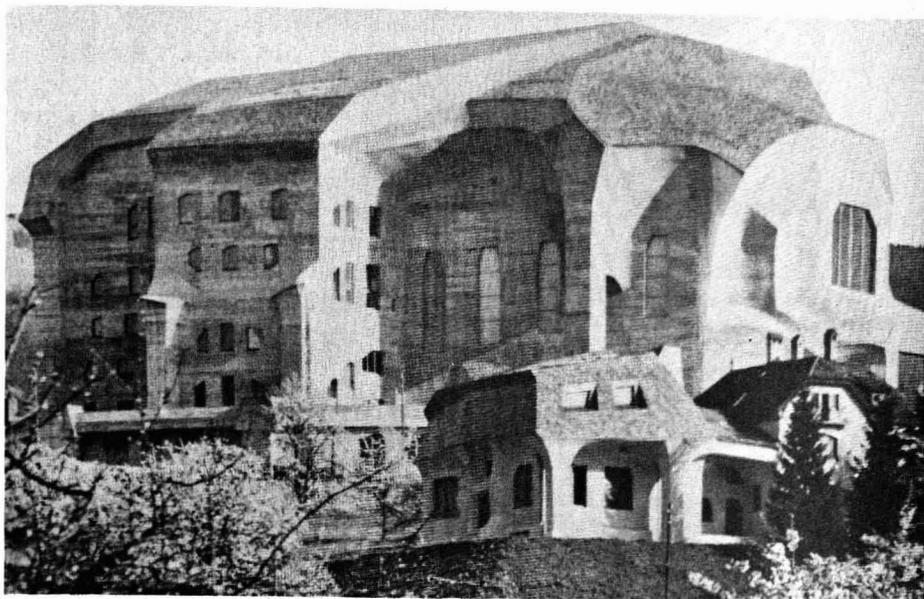


El segundo Goetheanum. Detalle.

el primer templo de los domos interpenetrados, situado en el mismo lugar —Dornach— y en el cual en un momento dado laboraban obreros y artesanos de diecisiete países mientras no muy lejos, en Alsacia, parte de la humanidad se hacía pedazos, ese primer *Goetheanum*, decíamos, se volvió cenizas hasta los cimientos. Poco tiempo después, se iniciaba la construcción del segundo edificio, terminado en 1928.

Si el primer *Goetheanum* representó para Steiner la forma ideal, más completa, de cristalizar en la arquitectura de esa especie de templo, o catedral, todo un sistema de concepción del mundo, del espíritu, del hombre en su relación con la naturaleza y con los dioses, cabe suponer que no habría otra alternativa que reconstruirlo tal como era. Pero Rudolf Steiner sin duda tenía el aliento del verdadero artista: no quiso repetirse, su imaginación había evolucionado, y también su conocimiento —o enamoramiento de otros materiales. En este caso, del concreto. De modo que el segundo *Goetheanum* poco o nada tuvo que ver con el primero. A éste, sólo podemos ahora conocerlo por las fotografías. Aun así, se puede aventurar una opinión: el segundo es la obra maestra de Steiner, la culminación de su talento. Algún día en los diccionarios o historias de la arquitectura, el nombre de Steiner ocupará el lugar que le corresponde junto a los de otros arquitectos —Gaudi, Gropius, Berg, Poelzig, Mendelsohn, etc.— cuya obra reflejó en su totalidad o en alguna época, la intención de crear una arquitectura orgánica viva que fuera más allá de la simple imitación de la naturaleza. El intento de integrar las diversas artes —arquitectura, pintura y escultura—, en una sola es otro de los aspectos que hermana a estos arquitectos con Steiner.

La fantasía de Steiner lo llevó a afirmar que la función de las columnas o pilastras era sólo la de sostén de una estructura, y por lo tanto no debía dar la impresión de cosas que se levantan del suelo, sino por el contrario de cosas que descienden hacia la tierra y se hundan en ella, inducidas por "fuerzas cósmicas". Y bueno, gracias a que Steiner descendió de las alturas teosóficas para poner los pies en la tierra, y se alejó del mero mundo de las apariencias para ponerse en contacto con el mundo sólido de lo concreto y del concreto, tenemos ahora el *Goetheanum*, un templo que parece, en verdad, caído del cielo. Pero también los arquitectos de una de las islas visitadas por Gulliver, comenzaban a construir sus templos por las cúpulas. Después, crecían hacia abajo.



El segundo Goetheanum, de Rudolf Steiner, en Dornach, Suiza

Desde París

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

DEL MUNDO ES UN PAÑUELO AL MUNDO SERA UNA ALDEA

Hace ya algún tiempo que cayó en mis manos una elocuente circular de la Sociedad de Hispanistas Franceses, en la que los miembros de esta prestigiosa institución elevaban su voz de protesta contra las medidas que el Secretario de Estado en Asuntos de Educación anunciara durante una visita a la ciudad de Estrasburgo, en abril del año pasado. Dichas medidas se referían a la enseñanza en Francia de las lenguas vivas y, según los hispanistas franceses, de ser aplicadas, sólo podrán tener consecuencias nefastas a todo nivel. Examinemos una por una las medidas que se pretenden adoptar y veamos hasta qué pun-

to pueden ser graves sus consecuencias.

En primer lugar, se trata de la exclusión del primer ciclo de la enseñanza secundaria de una segunda lengua viva (en la mayor parte de los casos, el castellano), y de la exclusión también de la posibilidad de estudiar una tercera lengua viva, durante el segundo ciclo de dicha enseñanza (normalmente el italiano, el portugués, el alemán, el ruso, aunque también el castellano). En pocas palabras, esta medida significaría un importante retroceso del aprendizaje de otros idiomas, en un momento en que el desarrollo de las relaciones internacionales exigiría más bien su ampliación y profundización.

En segundo lugar, se aboga por un refuerzo de la enseñanza del inglés (considerado —y lo es de hecho, a juzgar por el número de alumnos que lo estudia— como la primera lengua viva, entre los estudiantes franceses). Pero esta medida viene además acompañada de una reducción, en la mayor parte de los establecimientos escolares, a sólo dos las lenguas vivas susceptibles de ser estudiadas, con lo que la preeminencia que se le está dando al inglés sobre los demás idiomas salta a la vista, así como el hecho de que esta medida va directamente en detrimento de las demás lenguas vivas y muy en particular de las lenguas romances.

En tercer lugar, se hace hincapié exclusivamente en la práctica de una lengua, con lo cual se descarta automáticamente todo el aspecto cultural y humano que comporta su enseñanza, ya que hasta el presente, el estudio de un idioma estaba encaminado también hacia el conocimiento de otras culturas, de otras formas de pensar, y hacia un acercamiento entre los pueblos.

La puesta en marcha de esta políti-

ca acarrearía también graves problemas a las universidades, pues en la práctica significaría más o menos el desmantelamiento de los departamentos de lenguas (con excepción de los de inglés, claro está), y la reducción casi total de la investigación a altos niveles en el campo de los idiomas, literaturas y culturas extranjeras; significaría, asimismo, una grave amenaza para la estabilidad laboral de los profesores, e incluso un aumento del desempleo entre los jóvenes (las últimas cifras oficiales —febrero 1980— demuestran que éste se ha agravado en lo que va del año). Cabe advertir que, entre 1973 y 1979, las vacantes para los alumnos que preparan la Agregación y el Capés, máximos concursos nacionales que permiten el acceso a la enseñanza, han sido reducidas, en el caso del castellano, en un 82.5% para la Agregación, y en un 88.2% para el Capés.

Para los miembros de la Sociedad de Hispanistas Franceses, dichas medidas atentan gravemente contra el potencial económico y cultural de Francia. De ser aplicadas, contribuirían al mismo tiempo a una progresiva desaparición de la cultura y el idioma franceses en el extranjero, a un reforzamiento de la incompreensión entre los pueblos, a la pérdida de algunos mercados importantes debido a la ignorancia de la lengua y de la cultura de los países correspondientes, y, por último, a la colonización cultural y científica, económica y política de Francia, como consecuencia del monolingüismo anglosajón.

En fin, si hay quienes piensan que el mundo es un pañuelo, habrá que pensar ahora que, para algunos, los más, sin duda, de seguirse esta política, el mundo será un pañuelo en el que se habla inglés. Para los demás será un pañuelo convertido en una